

Como conclusión de la ceremonia de la colocación de la primera piedra a la Iglesia parroquial, el Ilmo. Sr. Obispo A. A., Dr. de Díaz de Gómarra, dirigió la palabra a los fieles allí reunidos; la cámara de M. Serra supo obtener la presente instantánea de aquel emocionante momento.

(Fot. Serra)



A

la caída de la tarde el sol despidiéndose de la tierra, tiñe de oro viejo la esbelta torre-campanario de la que fué vuestra Iglesia arciprestal, de luz obscura y sombras catedralicias. Esa magnífica torre, sola, en medio de los restos de desolación ae un día rojo de fuego y de sangre, me la imagino como dedo gigantesco que recuerda a todos el lugar de la patria eterna e indica que el Templo es, precisamente, la puerta de esa celestial morada.

Y al contemplar esa torre, que añora el Templo santo que ha de reemplazar a aquel destruido con diabólica saña y de cuyos actos litúrgicos era su heraldo, paréceme oír como una queja muda, salida de aquellos ventanales donde antes cantaban a gloria o licraban a muerte — pero siempre canto de paz — las campanas que fueron reducidas a silencio y transformado su bronce bendito en cañones de odio y exterminio. Se queja de que los feligreses de San Esteban de Granollers no sientan suficientemente sobre sus corazones el peso de esa deuda que tienen contraída desde aquella fecha de triste recordación, en que no pudieron o no supieron defender de las iras satánicas aquel monumento de piedad y de arte, orgullo de la comarca, y cuyas macizas naves fueron testimonio de aquel día en que, ataviados con el capillo blanco, recibieron las aguas bautismales, y de aquel otro, el más dichoso de la vida, en que en medio de gozos inefables y cánticos de cielo, recibían a Jesús dentro de sus almas, y después, al transcurrir los años, vieron unirse en castos amores, bajo la bendición del ministro del Señor, a aquellos que el Templo había sido su preparación para el Sacramento y, finalmente, esas naves se cubrieron de negros crespones para despedir al padre querido o a la madre amorosa en su viaje hacia la eternidad.

Un día no lejano — ¿lo recordáis? — el Obispo diocesano llegó investido de la magnificencia pontifical en medio de las ruínas y la desolación y en nombre de Dios puso la mano sobre la primera piedra,

que fué enterrada dentro del hoyo, como en una sepultura, para decir después, como Jesús a Lázaro: «Surge de la tierra, templo nuevo»...

Ese Templo debe surgir y como en tiempos de Jesucristo ha de repetirse el milagro de la resurrección. Para ello, entonces como ahora, es preciso tener fe y rogar con fervor, y tened por seguro que esa oración fervorosa acompañada de vuestro sacrificio, hará posible el milagro, y todos los hijos de Granollers, los de posición adinerada como los de humilde condición, sentirán dentro de sus almas las palabras terminantes y llenas de majestad del Sr. Obispo y pronto de entre las ruínas del antiguo Templo mártir subirán los muros, se adornarán con ojivas, capiteles y columnas graciosas y se cubrirá la bóveda y, por fin, Jesucristo en su sagrario nuevo tendrá digna morada, y vuestro patrono San Esteban, el de la dalmática purpúrea, sonreirá desde su hornacina presentándoos las piedras que sirvieron para darle muerte y las ofrecerá por si hicieran falta para la terminación del Templo.

La resurrección de vuestro Templo parroquial es obra de fe y de sacrificio. Que os estimule aquella queja muda de vuestra torre solitaria y a ella respondáis con generosidad vaciando vuestro bolsillo, abundante o escaso, en manos de vuestro celosísimo párroco que ve, con pena en el corazón, como, hasta el día de hoy, aunque cause maravilla, muchos feligreses no han sentido rubor de tener hospedado en la destartelada barraca de un «cine», que ayer era escuela de inmundicia y ateísmo, al Rey de Reyes, al que Dios puso en sus manos todas las cosas y tiene por trono todo el universo.

Deben borrarse con vuestra generosidad y sacrificio las manchas de los sacrilegios y profanaciones de aquellos ¡pobrecitos! que antes aprendieron a odiar a Jesucristo que a amarle, y las manchas también de indiferencia y dureza de corazón de muchos que no saben ser agradecidos hacia Aquel que hace germinar los campos, y llena los trojes de abundantes frutos y tiene prometido recompensar con la vida eterna, hasta un vaso de agua dado por su amor.

FRANCISCO CUBELLS CAMPOS